

Teertu

(El mitin)

Samba tenía once años cuando vio por primera vez a su madre. Hasta ese momento siempre había llamado *yaa*¹ a su abuela, y para él no había otra. Puede resultar un poco extraño, pero no lo es en absoluto si tenemos en cuenta que la familia de Samba era tan grande y enrevesada como todas las de su pueblo. En el mismo hogar vivían las cuatro mujeres de su abuelo, la de su padre, las tías, los primos, las mujeres de los primos, los hijos del uno y del otro..., un embrollo tan natural como el hecho de tener, por ejemplo, un tío que había nacido un año después que él. De modo que ¿por qué iba a extrañarle a un niño de pocos años que su madre fuera la misma que la de su padre? Lo era, simplemente. Era, como todas las cosas que se pueden ver y tocar, oler, o sentir, o probar. Las cosas, hasta ese día en el que todo dio un vuelco, simplemente eran, sin complicaciones, sin matices, sí o no, de un modo diáfano.

Sin embargo, lo cierto es que Samba no había sido nunca un niño dócil y flexible. Quizá cuando era muy pequeño era... un poco tímido, o miedoso..., incluso débil..., excesivamente mimado por su abuela quizá, pero desde que había cumplido siete años, transcurrida la ceremonia de circuncisión, ya no tenía miedo de nada, y por más que hiciera caso a todo, él ajustaba sus actos al criterio que dictaba su pensamiento vivo y su carácter determinado. Sin embargo, fue aquel día, el del mitin político, cuando su rebeldía afloró de tal modo que hizo temblar las paredes de la casa paterna, y las del pueblo entero.

1. Madre.

Muy temprano por la mañana, ya se había aseado y vestido con la camisa de los colores del Senegal, preparado para cantar el himno que habían ensayado una y otra vez con el maestro. Era un día importante, el más importante que jamás había vivido en su vida de niño inquieto. No sólo tenía que estrenar camisa y cantar el himno con los compañeros del colegio, también formarían filas al paso del presidente del país, y todo el mundo les mirarían y les escucharían. Gente de todos los pueblos de la comunidad, que vendrían a ver a Abdou Diouf en persona, allí, en Nekaane, donde Samba y sus hermanos y primos..., o pequeños tíos, o lo que fueran, iban cada día al colegio, no muy lejos de donde vivían todos juntos, tan sólo a un kilómetro y pico, que solían recorrer medio jugando medio arrastrados por la pereza, a excepción de aquella mañana en la que todo se reducía a carreras de un lado a otro. Cuando a primera hora se pusieron en camino, aún había hombres en la carretera remojando el piso para darle un aspecto nuevo y magnífico que duraría, muy probablemente, hasta que el calor alcanzara el punto del mediodía. Después nada impediría que la polvareda de los vehículos que se aproximaban se mantuviera, como una nube ocre, a un metro o dos por encima del suelo.

Mucho antes de llegar al pueblo se oía música a través de los altavoces, por donde más tarde saldría la voz del presidente, y podía percibirse el olor a ternera asada de los patios de las casas. Los niños no habían visto jamás tanta comida, ni tantos vehículos, ni tantos cables eléctricos, ni tantos policías. Mejor dicho, nunca habían visto ni un solo cable eléctrico, ni un solo policía. Y les resultaron fascinantes, armados y en sus uniformes, hablando a una radio del interior del coche que decía: «*ici la central, ici la central...*», a lo que aquellos hombres armados y tan bien vestidos contestaban en un francés que les hacía mucha gracia, porque, aparte del maestro, no habían oído nunca a nadie más hablar en francés.

Era 1991. Faltaban casi dos años para las elecciones, pero recorrer todos los pueblos del país requería mucho tiempo, y eso era precisamente lo que se proponía hacer el presidente. Si no era así,

¿cómo iba a competir con los nuevos canales privados de radio y televisión? ¡En persona! Si no podía echar mano de la RTS², haría el *tour* del Senegal para hablar con cada ciudadano, uno por uno, tanto si lo hacía en wólof como en *pël*, o en *seereer*, o en cualquiera de las trece lenguas del país, para que todos pudieran decir: «Yo le he visto, es de verdad, y me ha hablado a mí, en mi lengua, la de mis antepasados, y no en la lengua invasora de los colonialistas». ¡Incluso los tocaría! A Abdou Diouf le habían dicho que el contacto físico era infalible para producir un efecto de adhesión prácticamente total, y tenía experiencia en ello. Era un hombre con carisma y con recursos. Demostraría a la oposición que se podía permitir el gesto de legalizar los canales privados de comunicación sin miedo a la derrota electoral.

Nada de todo eso inquietaba a Samba. Él y sus compañeros eran ajenos a la vicisitudes de la política, sus intereses estaban muy alejados de los del presidente del país, o de los del jefe local del partido socialista, que iba de una punta a la otra alojando a la comitiva y procurando que todo funcionara con perfecta organización. Era importante dejar claro que no había en ninguno de los pueblos de su *communauté rurale*, por insignificante que fuera, ni una sola persona que no estuviera del lado del presidente. No había que escatimar esfuerzos para convertir ese día en una gran fiesta. Así es como lo vivían los muchachos, como una fiesta; ellos no se jugaban ni la carrera ni el puesto de trabajo. Eso sí, tenían un papel, una función que los comprometía y los dignificaba, a pesar de que en algún caso el compromiso podía llevar a todo lo contrario. Les hicieron esperar de pie perfectamente alineados durante tanto tiempo que, cuando por fin el presidente y candidato a la siguiente legislatura para el PSS³ pasó entre las dos filas de pequeños cantores, ya fuera por la larga espera, por la tensión acumulada, por la impresión de ver a un gigante de dos metros, por cierta inmadurez esfinteral, o por todo a la vez, un reguero de orines resbaló inoportunamente por las piernas de una

2. Radio Televisión del Senegal.

3. Partido Socialista del Senegal.

niña cuando ya abordaban la última estrofa del himno, que era justo el momento en que Abdou Diouf pasaba por delante. Él, observando el charquito que se había formado a los pies de la niña avergonzada, la disculpó diciendo que aquél era un día memorable, digno de ser recordado como un día mojado. Siguió su avance y subió a la tarima de madera desde donde su voz retronó por todos y cada uno de los rincones del pueblo y los contornos. Por suerte, para entonces a los niños ya les habían permitido sentarse en el suelo como si les interesara lo que decían el presidente, el jefe local del PS y el resto de las personalidades, cosa que, por supuesto, no era así por mucho que hablaran en wólof y pudieran entenderlo todo perfectamente. Aquellos discursos no tenían nada que ver con sus valores y sus intereses. A Samba le bastaba y le sobraba para sentirse ungido como un discípulo predilecto con no haber sido él quien hubiera dejado el charquito de pis, y que ese hombre que sacaba a todos una cabeza, y que hablaba como la radio, le hubiera estrechado la mano al pasar —una mano entumecida, extrañamente blanda y suave, tan distinta a todas las manos rurales que Samba había tocado, tan distinta a la mano de su padre, dura como la tabla de lavar—, y le hubiera mirado con un ojo mientras que con el otro escrutaba el entorno. Era inimaginable que no fuera eso lo que convirtiera esa jornada en un día marcado en su calendario personal, ni tampoco el hecho de haberse burlado de la policía diciendo «*ici la central, ici la central*», ni tan siquiera fumar por primera vez en su vida. Ni el hecho de averiguar que aquel ojo que todo lo escrutaba era de cristal, ni el de comprobar que las orejas de los blancos que acompañaban al equipo técnico eran tan grandes como para hacerles merecedores del apodo de *nopp*⁴, orejotas; ni tampoco por la promesa, tan celebrada entre el público, de que en cuanto ganara las elecciones Abdou Diouf haría construir carreteras y traería la electricidad a aquel lugar. No podía imaginar que ese día no sería importante por todas esas cosas, sino por lo que sucedió cuando, con el sol ya descendiendo, a la hora en que el cielo se im-

4. Literalmente, «oreja»; se les llama así a los blancos porque tienen las orejas grandes.

pregna del rojo de la tierra, alguien le reveló un hecho que hizo que se sacudiera desde la piel hasta la médula.

Era tarde, casi el anochecer, cuando notó sobre él la intensidad de una mirada. Entre la multitud distinguió unos ojos que enfocaban directamente a su interior, que lo veían no sólo a él, Samba, el que estrenaba una camisa con los colores de la bandera, el que había cantado el himno de la nación, el que se había burlado de la policía gritando «*¡ici la central, ici la central!*», Samba el que hacía el curso preparatorio, el que aquel día había fumado como un hombre y tosidido como un perro; no sólo a ese Samba, sino a otro que estaba más allá de todo eso, una versión de él que no conocía y que, a pesar de ello, esa mirada le arrojaba de golpe. Levantó poco a poco la barbilla, arrastrando con ella el rostro de ese medio hombre que creía ser, hacia el rostro de una mujer. Quería resistirse a aquella atracción y no sentir ninguna de las sensaciones que le invadían, pero habría resultado completamente inútil intentarlo, de modo que se sometió a la atracción que tiraba de él e, inmóvil en una burbuja fuera del tiempo y del espacio, miró a la mujer y esperó, hasta que ella lo señaló justo en mitad del pecho y exclamó:

—¡Tú eres Samba!

—Sí —respondió él, tratando de aparentar naturalidad. Como quien está acostumbrado a que lo reconozcan. Como si todos supieran quién era Samba bu ndaw⁵, no sólo porque en el pueblo todos se conocían, sino porque él era lo bastante famoso para merecer el reconocimiento de todos. Pero no salió de él el sí contundente que pretendía, sino un sí dudoso, casi interrogativo.

—Tú eres Samba, hijo de Suleymaan, y nieto de Baabakaar, que regresó de la guerra de Francia —dijo la mujer de mirada magnética.

—Sí —repitió él.

—Tú eres el hijo de Aysatu. ¡Ésta es tu madre! —sentenció la mujer, convertida en el tribunal que no sólo dictaminaba quién era la madre de cada uno, sino que abría un expediente a todo lo que

5. Samba el Pequeño.

hasta ese momento había sido la base y el sostén de la vida de Samba. Y él, abriendo aún más sus ojos, siempre abiertos al mundo, contestó categóricamente que no:

—No. Yo soy hijo de Aminata.

—Aminata es la madre de tu padre, tu *maam*⁶, la mujer de tu *maam góor*⁷ Baabakaar. Tu madre es ella.

Samba siguió la línea que trazaba el dedo de la mujer hasta unos ojos inundados en lágrimas y unos labios temblorosos, extrañamente familiares. Y supo que aquel dedo indicaba la dirección de la verdad. La nube que ofuscaba su pensamiento se diluía a medida que las lágrimas de Aysatu caían sobre su pecho y marcaban con pequeños círculos el lugar donde se hallaba la herida, atravesando la tela del vestido hasta el fondo de un corazón que algún día él había escuchado. También su corazón latía como un tambor familiar y extraño al mismo tiempo, mientras el cerebro le enviaba impulsos de una información que el sonido de aquel tambor confirmaba: «Aysatu es tu madre; no otra», «Aminata es tu abuela; ésta es tu madre». Y poco a poco la duda dejó paso a la certeza. La dirección que marcaba el dedo de la mujer sentenciosa lo llevó al interior de una ternura envuelta de abrazo, y los tambores del corazón sonaron tan acompasados que la nube de la cabeza se esfumó por completo: era su madre.

Después habló de nuevo la otra mujer y le dijo que vivían en Tanka. Samba nunca había estado en aquel pueblo, pero pertenecía a la misma comunidad rural. No quedaba muy lejos, a tres kilómetros de Tibay, donde él vivía con la familia de su padre, que jamás le había dicho que tenía una madre a tres kilómetros de allí. Se separó de ella con un juramento que no estaba seguro de haber formulado en voz alta y que sin embargo se oyó a la perfección: iría a visitar a su madre, aunque el mundo se hundiera.

—¡Samba!

6. Abuela.

7. Abuelo.

Alguien lo llamaba, y se dio la vuelta a toda prisa para reunirse con Omar, su tío pequeño, que le estaba esperando junto a la carretera: «¿Dónde te habías metido? ¿Con quién hablabas? Te estábamos esperando. Los demás ya se han ido. Se nos hará de noche por el camino. Nos reñirán», le decía muy preocupado. Pero él respondía con evasivas: «Por ahí. Con nadie. Te podrías haber ido tú también...» Y encogía los hombros como si sobre ellos no llevara la carga de la determinación que acababa de tomar. Caminaba a grandes zancadas con un aire tan determinado y tan rápido que el otro tenía que correr para seguirle el paso. «¿Qué te pasa, Samba? ¿Por qué corres tanto? ¡Eh, espérame!, que yo te he estado esperando a ti. ¿Estás enfadado o qué?» Y él respondía sin demasiada precisión, profiriendo monosílabos de vez en cuando: «Nada. ¡Venga, va! No». De repente le echó un vistazo a su compañero, lo vio un poco esmirriado; sólo tenía un año menos que él, pero era mucho más bajito..., o ésa fue la impresión que tuvo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Diez —respondió sorprendido.

—Y tú, ¿sabes quién es tu padre?

—¿¡Yo!? Pues claro que lo sé. Mi padre es Baabakaar.

—Baabakaar es mi abuelo, así que... tú eres mi tío.

—¿¡Yo!? —repitió su tío pequeño, cada vez más asombrado.

—Y tu madre, ¿quién es?

—¿Te has vuelto loco, o qué? Lo sabes de sobra.

—¿Sabes quién es o no?

—La cuarta mujer de Baabakaar —dijo, más por no discutir que porque creyera que aquel diálogo tenía algún sentido.

—Y mi madre, ¿quién es?

—Aminata —respondió sin más, esperando que las preguntas absurdas se terminaran de una vez.

—Te equivocas. Aminata es la primera mujer de Baabakaar, la madre de mi padre, o sea, mi abuela.

El tío pequeño vaciló un instante, y después se encogió de hombros como diciendo: «Y a mí qué me cuentas». Quería cambiar

de tema —prefería hablar con su sobrino, o lo que fuera, de lo que habían fumado y de las chicas que habían conocido; quería saber cómo le había ido y qué más había hecho—, pero no pudo hacerlo, porque a continuación Samba hizo una declaración sorprendente:

—Mi madre se llama Aysatu y vive en Tanka. Mañana iré a visitarla.

—¡No puede ser!

—Te aseguro que sí. Ya lo verás.

Y aquí terminó la discusión. Por más que Omar preguntaba y protestaba, su sobrino, que tenía un año más que él, no dijo ni una palabra, ni tan siquiera lo miró, hasta que al llegar a casa cruzó el patio con la misma determinación con la que había recorrido todo el camino, se plantó en el círculo familiar alrededor de la cena, se encaró a su padre y sin preámbulos le soltó:

—¿Por qué me has engañado?

El hombre lo miró sorprendido hasta cierto punto. El niño le había salido respondón y a saber con qué le vendría ahora. Pero alrededor se había creado una expectativa que debería haberlo puesto en alerta, si no fuera porque ya estaba acostumbrado a aquellas situaciones. Antes de que pudiera contestarle, el chico ya le estaba soltando:

—¡No me habías dicho que mi madre es Aysatu!

Nada se movió, como cuando cae un gran aguacero en temporada de lluvias y desde el más ínfimo insecto hasta el mayor de los animales permanecen sin moverse a la espera de un tiempo más clemente. Sólo en el rostro del padre se percibía algún movimiento, acaso un cambio de tono en la piel, la cual mudó de repente el color tostado por el sol por un pálido de luna de tormenta. En sus ojos se encendían chispas rojas y a la boca le llegaban bocanadas de aire ardiente. ¿Cómo se atrevía un mocoso insignificante a hurgar en las heridas de aquellos a los que debía respeto? ¿Por qué tenía que meterse dónde no lo llamaban? ¿Acaso no tenía todo lo que necesitaba? ¿Por qué nunca estaba contento? ¿Por qué se creía lo que le decía una bruja cualquiera de la calle, y en cambio no obedecía a lo que él le ordenaba?

—Iré a su casa a visitarla —dijo Samba como única respuesta a las preguntas de su padre.

—¡Tú no irás a ninguna parte!

—Siéntate y come. —Ésta era la voz de su abuela, de un tono bajo, casi un murmullo, pero que penetraba en el oído y hacía que la orden se quedara en el cerebro de un modo absolutamente inapelable. Todos conocían aquel tono de la abuela. Lo utilizaba cuando las cosas se ponían tan tensas que era necesaria una intervención que hiciera bajar las cabezas a los contrincantes hacia la realidad del plato de cuscús, sin el cual no hay ni discusiones, ni guerras, ni nada de nada.

Samba se sentó, llevó el brazo hacia la gran bandeja de cuscús que la abuela colocaba sobre la estera, e hizo lo que le ordenaba con la mirada: «Calla y espera. Deja que el tiempo se encargue de poner las cosas en su sitio». El cuscús hizo su efecto y la calma regresó, aparentemente. Que no hablara más del tema no significaba que no pensara en lo que haría y cómo lo haría. Se fue a dormir con una decisión tomada: iría a ver a su madre con o sin permiso paterno. Al día siguiente, a la hora del colegio, se levantó y fue a desayunar como cada día con el abuelo. En la cafetera hervía el *kenkelibaa*⁸ y por la puerta entraban los niños del pueblo que se unían al grupo del *maam góor* Baabakaar. «Hay que tener el estómago lleno para que la inteligencia esté bien despierta», argumentaba mientras repartía el cuscús de la noche anterior entre los nietos, hijos y parientes. Samba se bebió la infusión y se comió su ración sin decir una sola palabra, y salió el primero como si tuviera mucha prisa. Tomó el camino en dirección a Tanka acelerando el paso, y al llegar a la primera curva de la carretera saltó la margen y empezó a correr en dirección contraria. Se aproximó de nuevo a casa, pero por la parte trasera, donde estaban las cuadras de los animales. Desató «su» caballo, que era el «suyo» porque estaba a «su» cargo; él lo alimentaba y cuidaba, de modo que

8. Bebida de aspecto y sabor similar al café, la cual tiene también un efecto estimulante.

era el «suyo». Montó sobre él, salió al paso sin hacer ruido y se dirigió hacia ese pueblo tan cercano y tan lejano al mismo tiempo. Una vez allí, sólo tendría que preguntar dónde vivía Aysatu. No podía haber más de una.

Daara

(La escuela coránica)

El abuelo Baabakaar era un hombre devoto. Cada mañana se levantaba al despuntar el alba para ir a la mezquita a hacer sus plegarias. Era su primera actividad del día, antes de disponerse a distribuir las tareas cotidianas del campo, ya fuera sembrar o recolectar, o lo que correspondiera según la época del año. El imán lo respetaba, al igual que todos en el pueblo, no sólo por su devoción, sino porque Baabakaar no era un hombre cualquiera. Había ido a Francia a hacer la guerra, sabía un poco de francés y había vivido más cosas que todos los hombres del pueblo juntos. Era un hombre recto, de criterio claro y gran fuerza interior.

Baabakaar no tenía ninguna duda acerca de que todos los hijos de su clan familiar tenían que saber leer y escribir. Había visto suficiente mundo para concluir que los estudios son imprescindibles. Ésa era su opinión, y se mostraba dispuesto a enviarlos a todos a la escuela del Estado que habían abierto recientemente en el pueblo vecino, pero sobre aquel plan de alfabetización propagado por el Gobierno se cernía un prejuicio: estaba imbuido de cristianismo. Era una educación heredada de los colonialistas franceses; podía resultar nefasto contaminar a los niños con sus premisas de una cultura pervertida y pervertidora. Así pensaban todos, de modo que el abuelo Baabakaar creyó al imán y entregó un pequeño grupo de críos a un hombre que predicaba la rectitud y se ofrecía como padre, maestro y protector de la cantera familiar, no muy lejos de casa. El hombre tenía una *daara*⁹

9. Escuela.

en el pueblo de Baka, donde todos los hombrecitos, además de aprender letra, se mantendrían en la fe verdadera. El futuro estaba asegurado. De casa irían cuatro. Añadidos a otros del pueblo sumaban un total de once, de entre tres y siete años. Samba era de los más pequeños, arrancado de la cama de su abuela. El miedo le solidificaba las lágrimas, que, como pequeños granos de arena, le raspaban los ojos. Aminata lo acariciaba a escondidas porque su marido no permitía la debilidad. «Lo mimas demasiado», le había dicho en más de una ocasión. ¿Cómo quería que no lo protegiera, si había nacido marcado por la tragedia? Le habían arrebatado a su madre cuando apenas tenía dos años, y ahora lo alejaban de su regazo, donde ella lo había acogido como a un hijo nacido cuando ya la naturaleza niega este privilegio a una mujer.

Al despuntar el día el maestro imán ya había llegado a Tibay con un carro al que los niños subían uno a uno envueltos en un silencio soñoliento, roto sólo por el canto del gallo, tan habitual que apenas percibía ya nadie. Detrás quedó la cerca del *kër*¹⁰, los baobabs, la cabrita moteada con la que jugaban Samba y Omar, que los seguía como un perrito; la mano de la abuela diciendo adiós y la mano de la madre de Omar, y la del resto de las madres, y el pozo, y el viejo Musa, el vecino, que ya estaba en el campo porque era el más madrugador; y finalmente desaparecieron las agujas de los tejados de paja, que señalaban un pedacito de cielo desde cada cabaña. El sol se sacudía la pereza y la tierra lo recibía mostrando todo aquello que había ocultado durante la noche. Los niños tampoco podían esconder el miedo. Los mayores del grupo querían hacerse los valientes, pero la claridad tan descarada de aquel día soleado mostraba sin pudor cada uno de los rincones de su alma atemorizada. Los más pequeños lloraban por la cabrita abandonada, sin saber que era su propio abandono lo que les rompía el corazón. De nada servían los consejos y las

10. Casa, recinto de viviendas normalmente construidas con ladrillo de barro y techo de paja, rodeadas por una cerca también de ladrillo o de estacas.

instrucciones recibidas: «Estaréis bien, seréis *taalibe*¹¹, aprenderéis, os haréis hombres, seréis mejores que los demás, seréis educados, conoceréis la voluntad de Dios, el modo recto de vivir». Cuando hubieron recorrido los siete kilómetros que separaban su mundo conocido del pueblo de Baka, donde se encontraba el mundo de lo que estaba por venir, el maestro tiró de las riendas del caballo, y poco a poco el carro giró hacia la izquierda. Al paso entraron en un *kër*, y el grito del carretero despertó a los pequeños, que con el traqueteo se habían dormido. Samba miró a su alrededor y vio tres habitaciones y a algunos niños que los observaban. No jugaban. No reían. No sonreían. No hablaban. Sólo miraban.

—¡Tú! —gritó el maestro, señalando a un chico grandullón—. Acompaña a éstos a la habitación.

El muchacho los condujo hasta una de las estancias. Era rectangular y muy grande, pero no había nada en ella, excepto silencio, oscuridad y tufo a orines. Dejaron su hato en el suelo, con la ropa tan limpia, tan bien planchada y tan bien doblada, y salieron hacia la claridad siguiendo los pasos del grandullón.

—Aquí hacemos las clases —dijo, mostrando una habitación similar al dormitorio, pero llena de voces, luz y olor de leña ardiendo. Una multitud de cabezas se movía rítmicamente, iluminadas por una hoguera inmensa en el centro. Hacia el techo se elevaban los cánticos monótonos de los versículos recitados en voz alta a mil tonos diferentes, formando un guirigay tan confuso que no se entendía absolutamente nada. El guía señaló el círculo de fuego y dijo:

—El *duunle*¹². Cada día tenemos que ir a buscar leña para encenderlo.

Samba comparaba aquel fuego con el fogón en el que su abuela hervía el arroz y calentaba el hierro de la plancha, y pensaba estreme-

11. Discípulo de la escuela coránica.

12. Hoguera de dos o tres metros de diámetro que se enciende para iluminar el aula de estudio, sin apenas aberturas, como la mayor parte de las edificaciones tradicionales.

cido que ni en una semana sería capaz de recolectar suficiente madera para semejante incendio. Un golpecito en el hombro lo distrajo de esos pensamientos e hizo que se sumergiera en un nuevo misterio que resolver. Alguien le había dado una tablilla alargada en la que había algo escrito. «Lee», le dijeron, y, horrorizado, abrió de par en par los ojos y la boca sin que saliera de ella ni un solo sonido. Luego se dio cuenta de que el volumen de la barbulla había disminuido y que apenas se oía una mosca. Todos lo miraban a él, que, tartamudeando dijo:

—Es-es-es que-que-que yo... ¡yo no sé leer! —esto último le salió de corrido, y debió de ser lo que provocó la gran carcajada. O no. Quizá fue la cara de horror del pobre Samba, o quizá era una broma que de tan gastada que estaba cada vez hacía más gracia.

—¡No pasa nada, hombre! —le dijo el chico que le daba la pequeña tabla con la escritura misteriosa—. Sólo tienes que escuchar y repetir.

—Ah —suspiró.

—¡Cierra la boca y siéntate!

En aquel momento se dio cuenta de que los demás estaban sentados en el suelo con una tablilla como la suya enfrente. Él era el único que se había quedado de pie, atrapado por la inmensa luz de la hoguera y sus preocupaciones personales. Cerró la boca, que aún tenía abierta, se sentó y escuchó:

—*Ba, sin, mimará, lif, lam lam, hassa, her.*

Y todos repetían: *ba, sin, mimará, lif, lam lam, hassa, her*¹³.

Al principio creía que jamás lo conseguiría, pero tuvo que repetirlo tantas y tantas veces que al final se lo aprendió, lo cual no significa que entendiera algo; tan sólo vagamente esbozó la idea de que, si tampoco había entendido nada del batiburrillo inicial no era porque todos cantaban al mismo tiempo y cada uno decía lo que le parecía, sino porque lo decían con unas palabras que él no había oído nunca.

13. Transcrito literalmente del recuerdo del protagonista real.

—¿Qué dicen? —le preguntó al mayor de sus primos, partiendo de la base de que por ser el mayor tenía que saberlo todo, o casi todo.

Pero resultó que el gran sabio tampoco había entendido nada, y como respuesta se encogió de hombros. La clase había terminado. Salió al patio sin atender a la mirada inquisitiva de su primito.

—Es que es árabe —aclaró otro sabio que había oído la pregunta y, al parecer, ya hacía tiempo que estaba allí.

—Y ¿qué significa *árabe*? —insistía Samba.

Si quería aprender, tendría que preguntar, ¿no? Pero el sabio veterano hizo exactamente lo mismo que el novato ignorante: encogerse de hombros y salir al patio. De modo que Samba tuvo que concluir que ciertas cosas no tienen respuesta y que por lo tanto no hay que buscársela. Salió detrás de los demás para no perderse nada de lo que viniera a continuación, que resultó ser una gran bandeja de arroz con salsa de cacahuete, lo mejor del día, por no decir lo único bueno. Después los llevaron al campo para arrancar las malas hierbas hasta que se hizo de noche, les dieron arroz de nuevo y se fueron a dormir muertos de cansancio. De este modo transcurrían los días: levantarse a las cuatro y media, encender el *duule*, recitar la lección, comer escasamente, trabajar en el campo, recolectar leña, dormir en aquella habitación apestosa y recibir muchos sopapos sin saber ni cómo ni por qué. A veces la tabla de la escritura se chocaba contra su cara con semejante contundencia que se quedaba aturdido, hasta que entendió que la maderita era impulsada por la mano de su «profesor» cada vez que él se equivocaba al recitar. El «profesor» era cualquiera de los aventajados, no por inteligencia o por comprensión de los hechos, tampoco por vocación de enseñar, sino por pura veteranía. Quienes ya habían memorizado el libro entero, sabían unir las letras e incluso conocían el significado de alguna palabra tenían que tomar la lección al resto, de modo que se sentaban de dos en dos, uno enfrente del otro con la tabla en alto entre los dos, y el aula se iba llenando del canto del popurrí de versículos, interrumpido por el *plaf* repentino de aquí y de allá, seguido a veces de un chillido y un lloriqueo. Samba enseguida entendió que la la letra con sangre entra, y

prefirió memorizarla antes de que su maestro se la intentara incrustar directamente en el cerebro a base de tablazos. No lo hacía nada mal y se libraba pronto de la sesión diaria de aquella coral desafinada.

Era entonces, después de recitar la lección, cuando corría a casa de su bisabuela. La descubrió después de unos cuantos bofetones, varias lecciones y muchas horas pelando cacahuets que el maestro Ibrayima metía en sacos para venderlos en el mercado. Apareció un día a la hora del *tàkkusaan*¹⁴, hacia las cinco de la tarde, la hora de la plegaria, pero también la hora de salir, de ir a visitar a los parientes, de saludar a un recién llegado, de llevar un encargo o de cualquier otra cosa que sirviera de excusa para ponerse el vestido más elegante y el pañuelo más nuevo, atado a la cabeza compitiendo por el lazo más favorecedor. Le dijeron que los niños aún no habían llegado del campo y aquello no le gustó. ¿Qué hacían unos niños tan pequeños en el campo tantas horas? ¿Cuánto rato hacía que estaban ahí? ¡Y a pleno sol! Pero se dejó convencer de que todo iba bien, que no tardarían en llegar y que el trabajo formaba parte de la educación, y esperó pacientemente hasta que, ya con el sol bajo, la hilera de niños fue entrando por la puerta del *kër* y ella, extrañada al no oír el griterío que por fuerza debería haber precedido a un batallón como aquél, escrutaba los rostros en busca de una sonrisa familiar. Le resultó aún más extraña la tristeza del semblante de la mayoría de los niños; ¿por qué no reían como todos los demás? Ni tan siquiera se peleaban... Pero los pequeños entraron justo detrás, apresurándose para mantener el paso de los demás, y se distrajo de sus suspicacias.

—¡Samba! —gritó al reconocer en uno de los niños la misma fisonomía de su nieto Suleymaan, el hijo de su hija Aminata.

Y Samba corrió hasta su regazo como si se tratara de Aminata en persona. No era ella, pero se le parecía mucho. Le dijo que era su *maam* Aram, y para él fue para siempre más Mamaram. Hasta que de mayor, un día en que se halló en la circunstancia de tener que rememorar aquel episodio, reparó en que *maam* significa «abuela» y que

14. Plegaria de se realiza por la tarde.

Aram es el nombre, y se esforzó en situar a Aram en el árbol genealógico. El caso es que Mamaram lo acarició, le dijo «guapo» y lo abrazó, y él, en aquel momento y en aquel abrazo, se sintió mucho mejor que en cualquier otro momento y en cualquier otro lugar de todos los momentos y lugares de aquel pueblo desde el día que había llegado. Mamaram se levantó de la estera en la que estaba sentada y fue a despedirse del maestro Ibrayima con el niño cogido de la mano.

—Me lo llevo a pasar la noche conmigo —anunció dispuesta a marcharse; pero no pudo hacerlo.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque su abuelo y su padre me han confiado a este niño, y yo soy el responsable de él.

—Pero yo soy la madre de la primera mujer de su abuelo y abuela de su padre, y también soy responsable de él. Mañana lo traeré de vuelta.

—No puede ser —insistía taxativamente el maestro—. Tiene que ir a clase, estudiar la lección y aprender a ser un hombre. Por eso está aquí.

—¿Un hombre? —Estaba a punto de decir: «Para ser un hombre como tú no hace falta que se esfuerce», pero se mordió la lengua y rectificó—: De acuerdo, daremos un paseo por aquí y volvemos enseguida.

Ese hombre no le había gustado nada, pero era hombre, y un sabio al fin y al cabo, mientras que ella sólo era una mujer ignorante. Además contaba con un argumento de peso a su favor: tenía a su cargo al hijo de su nieto, y era mejor evitar cualquier enfrentamiento. Saludó con mucha cortesía, mostrando cierta sumisión, y se dirigió a la puerta. En cuanto la cruzó, mudó el semblante y atravesó el patio sin darse la vuelta, con la espalda recta y la cabeza bien alta. El niño la seguía sin pensar en el porqué de su alegría; a la mano recluida en la mano arrugada de aquella abuela le llegaba de improviso un calorcito agradable. Levantó la mirada y vio el lazo de su pañuelo apuntando al cielo tan firmemente que tuvo la certeza de que dentro de aquella

mano arrugada y caliente, y bajo la sombra de aquel pañuelo, no había nada que temer. Habían cruzado la puerta del *kër* cuando Mamaram inclinó la cabeza hasta encontrar su mirada. Le guiñó un ojo y él se rió, con la misma risa que su hija Aminata y su nieto Suleymaan. Respiró tranquila y agachándose un poco más le dijo en un susurro:

—Fíjate bien por dónde pasamos.

Y se dirigió al pueblo apresuradamente porque la oscuridad avanzaba más deprisa que ella, que ya era anciana y le dolían las rodillas. «¿Sabes dónde estamos?», le preguntaba de vez en cuando, y el niño afirmaba. Cuando se encontró en la parte alta del pueblo, señaló al otro lado, al barrio de las casas de paja. «¿Ves aquella que tiene un mangle en el patio, la que está al lado del pozo?» Samba afirmaba de nuevo con la cabeza y ella continuaba: «Es mi casa. ¿Sabrás llegar?» Le dijo que ella era anciana y que le dolían las rodillas, así que sería mejor que fuera él a verla siempre que quisiera.

—¿Vendrás?

—Sí —dijo Samba claramente y con determinación.

—¿Verdad que no te perderás?

—No.

—Si no encontraras la casa, pregunta a cualquier persona del barrio por Mamaram. ¿Lo harás?

—Sí.

—¡Eh! —dijo Mamaram con cara de gran circunspección, llevándose el dedo a los labios—. Es un secreto. Sólo lo sabremos tú y yo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él mimando el gesto.

—¿Te gusta el *fonde*¹⁵?

—Sí —afirmó, esta vez no sólo con contundencia, sino con el rostro iluminado por el recuerdo del plato de *fonde* que hacía su *maam* Aminata.

—Pues cuando vengas te daré. Pero ahora corre, no vayas a quedarte sin cena.

15. Gachas de mijo batidas con azúcar y nata añadida, o bien plátano o cacahuete.

Estaba a punto de decir «que no te riña “ese hombre”», pero no quiso que su suspicacia intoxicara la relación del niño con «ese hombre», y lo animó a marcharse. Lo miraba mientras corría calle abajo, preocupada al ver sus piernas tan delgadas, la camiseta sucia y los pantalones rotos. Al llegar a la embocadura de la calle el niño se detuvo para darse la vuelta un momento antes de torcer por detrás de una pared alta. Mamaram aún estaba allí mirándolo. Él hizo adiós con la misma sonrisa iluminada de la promesa del *fonde*. «Por lo menos le ha cambiado esa carita tan triste», pensó la anciana, alejándose más coja y pesada que cuando caminaba con la mano tierna del niño entre su mano gastada.

Samba llegó resoplando a la puerta del *kër* y se ocultó detrás de la pared, acechó el interior y entró a escondidas cuando pudo comprobar que el panorama estaba libre de testigos. A toda prisa se reunió con el grupo que seguía el olor de la cena caliente. Cuando el maestro Ibrayima lo vio, él ya tenía un puñado de arroz en la mano y la boca llena, y no sólo se libró de los azotes, sino que incluso se permitió el lujo de sostenerle la mirada y mostrar una sonrisa de falsa inocencia, que dejó desconcertado al hombre, más acostumbrado a la seriedad del temor que a la alegría del candor. A partir de aquel día Samba se escabullía a casa de Mamaram siempre que podía. No era tan a menudo como le hubiera gustado, pero cuando lo hacía, ella le daba comida, le quitaba los mocos de debajo de la nariz, lo lavaba con jabón y le cosía los rotos del pantalón.

Quién sabe si no era este complemento alimenticio lo que hacía que Samba fuera más espabilado que el resto a la hora de aprenderse la lección, o si era el complemento amoroso lo que lo estimulaba a estudiar para recitar cuanto antes y salir enseguida. El caso es que no le iba nada mal, y se libraba de más de un tortazo. Los latigazos del maestro Ibrayima ya eran harina de otro costal. No había forma de librarse de ellos. Aparte de cuando pegaba solemnemente con público incluido para que la paliza fuera para todos, que entonces lo hacía con una vara de mimbre, las otras veces golpeaba con un trozo de cámara de bicicleta, que se sacaba literalmente de la manga cada vez

que alguna actitud lo contrariaba. Y Samba lo contrariaba. Juguetón y acostumbrado a ir a su aire, aceptaba el estudio como una obligación casi entretenida, pero el trabajo no entraba en su mente de cuatro años recién cumplidos. Se comía un cacahuete de cada cuatro que pelaba, hacía una pelota con cualquier cosa que encontrara por el camino mientras el resto recolectaba leña, perseguía a las niñas, se subía a los árboles cuando iban a recoger el *laalo*¹⁶ que las mujeres de Ibrayima vendían en el mercado, y se le ocurrían las cosas más disparatadas para competir con su amigo Omar.

Un juego que habían descubierto era quemar las bolsas de plástico que encontraban por la calle y observar cómo el plástico se fundía y goteaba. Ganaba quien conseguía apartar de un manotazo el chorrito antes de que cayera al suelo. Omar era rápido, y la gota de su plástico iba a parar bastante lejos; en cambio, Samba no era tan hábil y el chorrito se le caía en los pies y le quemaba, cosa que soportaba como podía para minimizar la humillación de haber perdido. Cada vez que daba un saltito para sacudirse del pie el plástico que se le había quedado enganchado, su rival se tronchaba de risa y gritaba:

—¡Te has quemadoooo!

—No —negaba él, como si pudiera negarse la evidencia.

—¡Que sí, que lo he visto!

—¡Pero no me ha hecho daño! —decía, intentando mostrarse lo más digno posible.

—¡Pues otra vez!

—Vale.

Y siempre ganaba el otro, de modo que él se fue a casa con los pies repletos de ampollas, pero disimulando, ya no sólo por dignidad, sino por miedo a la paliza que le caería si descubrían qué había hecho. Al principio tenía que morderse el labio para soportar el dolor, pero después se acostumbró e iba tirando con las heridas infectadas, hasta que fue a casa de Mamaram. Cuando ella lo vio entrar caminando

16. Resina de un árbol denominado *mbeb*, imprescindible para cocinar el cuscús.

como un pato, con los pies hinchados y llenos de pus, decidió que aquello se había terminado. Primero habló con el niño:

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Di la verdad.

—¿Te enfadarás?

—Si me explicas la verdad no me enfadaré.

—He jugado con Omar a quemar bolsas de plástico, y ha ganado él.

—¡¿?!

—A mí se me caía la gota en los pies.

—¿Y el maestro qué te ha dicho?

—Nada.

Samba agachaba la cabeza entre avergonzado y temeroso de perder el favor de aquella abuela que le hacía *fonde* y le reservaba el mango más maduro. No sabía exactamente qué había hecho mal, pero se sentía culpable. Mamaram había dicho que no se enfadaría, pero su cara no lo tranquilizaba para nada. No sabía cómo evitar la tormenta que veía venir, y optó por una salida muy eficaz: llorar.

—Yo no lo sabía —dijo sollozando, sin especificar qué era lo que no sabía.

Aram lo cogió en brazos, a pesar del dolor de rodillas; lo tranquilizó, le dio agua para calmarle el llanto y le aclaró lo que él no sabía: jugar con fuego es peligroso. Después le curó las heridas con un emplaste de hojas de baobab, y le dio a comer las gachas que tenía junto al fuego. Se aseó, se ató a toda prisa el pañuelo a la cabeza, y pidió prestado al vecino el burro para llevar a su nieto cojito. Estaba harta de «ese hombre», harta de ver las marcas de los azotes de «ese hombre» en la espalda del niño. ¿Qué clase de maestro pega de ese modo a un niño tan pequeño? ¿Qué preceptor responsable deja solos a sus pupilos todo el santo día y no los vigila, no los cuida cuando están enfermos y no los cura si se lastiman? ¡Ah, qué asco de hombre! Ella sólo era una mujer ignorante y marchita, pero aún tenía dos dedos de frente, y sentido común, ¡y sentimientos! Mientras que él,

mucho Corán y mucha plegaria, pero maltrataba a los críos, ¡y los explotaba en beneficio propio! ¿Tanto pelar cacahuets y tanto recolectar *laalo* por un puñado de cuscús al día? ¿Dónde iba a parar el dinero de las ventas? Cuando duchaba al niño en el cercado del patio con el agua del pozo, le veía los cardenales que tenía por todo el cuerpo, y le preguntaba:

—¿Quién te ha hecho esto?

—Ibrayima —respondía él agachando la cabeza; y cuando ella quería saber por qué, el niño respondía—: Porque me he portado mal.

—¿No te aprendes las lecciones? —inquiría ella, y el niño respondía que sí—. ¿Entonces? —Y aquí Samba no sabía qué responder. Ibrayima pegaba porque era Ibrayima, el maestro, y ellos recibían porque eran ellos, los alumnos. Era lo que él había entendido. Los matices se le escapaban. Él era culpable; pero de qué, no lo sabía—. ¿Por qué te pega el maestro? —insistía Aram.

—Nos pega a todos —decía él, con la cabeza gacha, como para justificarse.

—Pero ¿tú qué haces para que se enfade tanto?

—¡Jugar! —respondió mirando vivamente a los ojos de su interlocutora, tan feliz de haber encontrado la respuesta adecuada que Mamaram no pudo evitar sonreír, pese a estar muy preocupada.

El burro los llevó hacia el centro del pueblo con su trote, algo ridículo, de animal tonto pero bien domesticado, cruzaron hacia el otro lado y giraron a la izquierda para entrar en la *daara*.

—*Jàmm ngeen yendoo?* —Ya era por la tarde, y ella era una persona educada, de modo que saludó a Ibrayima con la frase de ritual: «¿Has tenido un buen día?»

—*Jàmm rekk* —«en paz», respondió él fríamente.

—Tú —soltó Mamaram sin preámbulos— me dijiste que eres el responsable de estos niños.

—Los muchachos, sí —respondió él remarcando la palabra *muchachos*.

—Pues a mí me parece que esto no es cuidar mucho de un niño.

Mamaram, que iba preparada para el desafío, remarcó también la palabra *niño*, mientras levantaba el emplaste de hojas de baobab y mostraba los pies hinchados, llenos de llagas purulentas, del pobre Samba, que no las tenía todas consigo. Sin embargo, para su sorpresa, Ibrayima se quedó pasmado al verle los pies, y puso una cara que más parecía de espanto que la cara de rabia que solía poner cuando se sacaba la serpiente negra de la manga. Mamaram siguió riñendo al maestro, que se disculpaba torpemente y, a medida que ella hablaba y «ese hombre» se encogía, el niño iba sintiendo un calor pujante que transformaba el miedo en una dignidad que sentía por primera vez. Ibrayima argumentó que los alumnos de la escuela tenían que aprender a ser hombres fuertes, y después se excusó diciendo que él solo no podía vigilar a tanta tropa. En algún momento se sintió superior, o quiso parecerlo, y soltó un discurso sobre la filosofía de la *daara*: todo se hacía de forma desinteresada para difundir la doctrina; él no cobraba un sueldo como los maestros corruptos de la escuela estatal; él se mantenía en la pureza y lo hacía todo para que los pobres tuvieran la educación correcta; estudio y trabajo eran las premisas de las que partía, si ella no podía entender aquello, él no tenía la culpa; los chicos tenían que saber que para comer hay que trabajar, la vida es así. «Tú harías hombres de azúcar», le dijo. Mamaram no se amilanó ni una pizca.

—Di lo que quieras, pero ten cuidado con lo que haces —amenazó señalando con el dedo índice la punta de la nariz de Ibrayima—. Si este niño no se cura, o vuelve a venir con marcas, iré en busca de mi yerno Baabakaar y mi nieto Suleymaan, ¡y ya verás!

A partir de ese día, la serpiente negra de la manga del maestro se quedó en su guarida..., al menos durante una temporadita..., al menos para Samba. Los pies hinchados lo libraron de trabajar en el bosque recolectando el *laalo*; pero eso duró poco, se curaron enseguida, y la serpiente-cámara de bicicleta volvió a salir impunemente de su guarida-manga; todo volvía a ser como antes. Hasta que llegó la fiesta del Tabaski¹⁷. Diez días antes lo anunciaban por la radio. Los

17. Fiesta del cordero.

niños se enteraron porque en el pueblo todo el mundo hablaba de ello. La gente comentaba las discusiones entre los miembros de la Commission de Régulation du Croissant Lunaire¹⁸ y el resto de los campos de las comunidades religiosas; paradójicamente, los políticos no pintaban nada en estas cuestiones. Ellos sólo notaban una excitación inusual; circulaban corderos por las calles, si no de carne y hueso por lo menos de palabra; todo el mundo hablaba de corderos, de compras, de comida, de dinero, del precio de los productos que se encarecían siempre en esas fechas, de parientes, de reuniones familiares... y de ropa. Los modistos cosían a toda máquina los *mbubbu*¹⁹ nuevos, pues todo el mundo debía estrenar algo. Samba participaba de la euforia general sin entender demasiado de qué iba, hasta el momento en que le dijeron que pasarían el Tabaski en casa. Entonces supuso que ése era el motivo de la alegría comunitaria, y se integró de pleno en ella. No es que se acordara demasiado de cómo era la vida en casa, y menos de cómo era la fiesta del Tabaski, pero todos estaban contentos y, por lo tanto, él también.

Tres días estuvieron en el pueblo comiendo cordero estofado con patatas y cebolla. Las especias y las verduras variaban en función de la cocinera. Todos los vecinos cocinaban y se invitaban unos a otros. Tenía que ser un convite con la única intención de compartir, que nadie se quedara sin comer. Ricos y pobres, todos tenían que tener el estómago lleno durante esos días, pero la comparación es inevitable, y la competencia hacía que las recetas mejoraran hasta puntos de éxtasis. También estrenaron ropa, durmieron y jugaron sin sopapos ni broncas..., bueno, igual algún bofetón sí..., y algún grito quizá también, pero sin ensañamiento, no pasaba de algún «niño, sal de aquí, no enredes que tengo trabajo», nada que doliera. El primer día fueron vestidos con la ropa nueva y las caras limpias en procesión

18. CRCL: comisión de diez miembros de las comunidades religiosas musulmanas designada para calcular el día de la festividad del cordero (similar a la Pascua) en función del calendario lunar y religioso.

19. Camisa ancha sin botones a menudo a juego con el pantalón o con la falda.

desde la casa del imán hasta el *guy jullikaay*²⁰, dando un paseo y cantando letanías hasta llegar junto al árbol. La explanada estaba muy limpia, sin hierbas ni piedras que estorbaran a la hora de arrodillarse a rezar. No había nadie que se quedara sin un pedazo de estera, aunque no llevara una consigo; todo el mundo tenía cabida en la fiesta del Tabaski. Samba iba junto a su padre y hacía lo mismo que él, contento con su *mbubbu* nuevo, que le iba tan grande que parecía un caftán²¹ y a él lo hacía sentirse como un pequeño hombrecito. Después, mientras las mujeres se apresuraban a preparar la comida, los hombres, seguidos de la pequeña sombra de Samba, tenían que ir a casa del imán y esperar a que matara su cordero. Una vez muerto, ya podía comenzar cada uno su matanza y su fiesta. Él no sabía que la sangre que brotaba del cuello del animal representaba el sacrificio de Abraham, ni que el cordero moría en lugar de Isaac y en nombre de la clemencia de Dios... No, él sólo sabía lo que veía, ¡que era fiesta y que comerían cordero! Tres días de carne de cordero estofada. Tres días de plegarias por la mañana y *sabar*²² al atardecer, tres días de fiesta. Sólo tres días. Al cuarto saldrían de nuevo hacia Baka, a pie, tal como habían venido, pero repuestos, mejor vestidos, y más tristes. Cuando ya habían andando un rato, quizá un cuarto del camino, Ablaay, el mayor, que acababa de cumplir nueve años, dijo: «Yo me vuelvo a casa». «Yo también», «yo también», «yo también»..., sonó como un eco.

—No puede ser —aseveró un sensato.

—¿Por qué no?

—Porque el abuelo Baabakaar nos matará.

Se hizo un breve silencio. La hilera de caminantes se había arrimado y ya no se oían los pasos. Un mono gritó desde una rama y como si fuera una señal se inició una discusión:

20. Baobab de las plegarias.

21. Vestimenta amplia y larga, sin cuello y con mangas anchas, usada especialmente en los países musulmanes.

22. Danza popular al son de los timbales, sinónimo de fiesta.

—En Tibay podemos jugar a fútbol siempre que queremos, no tenemos que trabajar, la comida está muy buena y dormimos en una cama —argumentó Ablaay.

—¡Y no nos pegan! —interrumpió Aamadú.

—Y en cambio en Baka trabajamos todo el día, no tenemos tiempo de jugar ni un partido, la comida es muy mala y dormimos en el suelo —añadió Ablaay.

—¡Y huele muy mal! —intervino de nuevo Aamadú.

—Y eso de leer no sirve para nada —se atrevió a decir uno que solía llevarse muchos porrazos con la tablilla de la escritura.

—Baabakaar dice que es muy importante.

De nuevo se hizo el silencio. Había que meditar la importancia de la lectura. Resultaba difícil calibrar la utilidad de recitar versículos incomprensibles para algo útil, pero más difícil aún era cuestionar la palabra de Baabakaar.

—Diremos que queremos ir al otro colegio, el de Nekaane.

—Nos harán hablar francés.

—¡¿Y qué!?

—Que es muy difícil.

—Ya aprenderemos. ¿Acaso no hablamos árabe? Pues también podemos aprender francés.

Aquél parecía un argumento irrefutable, pero alguien introdujo un nuevo inconveniente:

—No nos cogerán, ya hace tiempo que han empezado y hasta que no lleguen a séptimo curso no cogen a nadie.

Éste era un obstáculo importante. Había servido a los padres para decidirse por la *daara*. Cerca del pueblo sólo había una escuela nueva y un único profesor que hacía seguir a todos los alumnos el mismo curso independientemente de la edad. Hasta que no finalizaran la enseñanza básica no comenzaría el grupo siguiente, y faltaban más de tres años.

—Esperaremos —sentenció al final Ablaay.

La decisión estaba tomada. Sólo Samba continuaría hasta Baka. No le gustaba ni la escuela coránica ni el maestro, y no entendía para

qué podía servir todo aquello que se había aprendido de memoria, pero él creía firmemente lo que le decía Baabakaar, y también creía firmemente que su abuelo los mataría si regresaban a casa. Tampoco le gustaba nada quedarse solo, pero ante una muerte segura era preferible apostar por la soledad. Además, en Baka tenía una abuela que lo quería. El remolino de niños comenzaba a desgranarse en sentido contrario, y él, allí de pie, esperaba que desaparecieran de su vista para seguir su camino. No tenía miedo de nada; hacía lo que debía. «¡Adelante!», se decía a sí mismo, pero mientras caminaba solo, el sol se alzaba hacia el cielo y su ánimo caía hacia el suelo. No había nadie por ningún lado. Buscaba con la mirada el rebaño de un *pël*²³, con el oído un ladrido de perro, con el olfato un olor de humo de alguna hoguera..., algo que fuera indicio de presencia humana, pero no, allí no había ni un alma. El mono chilló de nuevo. ¿O no? No, se estaba haciendo un lío. Ya hacía mucho que caminaba; no podía ser él..., pero quizá le estaba siguiendo..., quizá quería quitarle el plátano que Aminata le había dado para que se lo comiera por el camino..., quizá vendría con sus compañeros y le morderían para quitárselo, o quizá simplemente cruzaría el camino en cualquier dirección que no fuera el este, y él no tendría otro remedio que volver atrás, porque un mono que cruza el camino, si no va hacia el este, es muy mal augurio. Nadie se atrevería a seguir el viaje después de ver a un mono pasar de un lado al otro hacia el sur, hacia el oeste o hacia el norte. Aminoraba el paso a medida que el desamparo lo invadía y hacía que se sintiera más y más pequeño. Al girar en una curva vio perfectamente cómo un gran simio cruzaba el camino... No, no vio con precisión lo que era, pero seguro que era un mono... En realidad, vio una sombra huidiza que bien podía ser de algún animal... Y tampoco es que viera cómo cruzaba de un lado al otro, pero... ¿y si lo hubiera hecho? Significaría igualmente mala suerte, aunque no lo hubiese visto del todo bien... Desde donde estaba se veían las primeras casas del pueblo, y se oía, por fin, el la-

23. Persona de la etnia *pël*, ganaderos nómadas, usado como sinónimo de pastor.

drido de un perro de unos niños *pël* que guardaban su rebaño de vacas, y se oía el humo de los fogones que las mujeres encendían para cocinar. Pero él estaba completamente solo... y el mono había cruzado de un lado al otro del camino; por lo tanto, no podía seguir. Dio media vuelta apresurado, y emprendió el viaje de regreso con paso acelerado.

En aquel momento, el mono volvió a chillar y Samba se giró a mirar hacia el fondo del bosque. Lo había oído con claridad; parecía un grito casi humano. El grito se repitió y esta vez iba seguido de una risa burlona, totalmente humana. Procedía de lo alto de un tamarís, en una zona boscosa más bien clara. ¿Qué hacía un mono en un tamarís, que no tiene ni fruta ni nada? Se reía del desertor y se llamaba Mustafa, pero solían llamarle Tafaa, y era el mejor imitador de animales de la *daara* de Baka.

—¿Adónde vas tan deprisa?

—Vuelvo a casa.

—Huye, huye, huye —se oían aquí y allá entre los árboles las voces de los *taalibe*. Cada uno, frente a un *mbeb*²⁴, recogía el *laalo* que salía de las fisuras que previamente habían marcado en los troncos. Pero una vocecita aguda e insidiosa sonó amenazando traición:

—¡Se lo diré a mi padre!

Era la voz de El Hadji el Pequeño, y su padre era el maestro Ibrayima. Pero los demás gritaban: «¡Huye, huye, huye!», y él huía.

A medida que se acercaba a Tibay todo empezaba a resultar familiar, y la sensación de soledad se iba disipando. Veía, aquí y allá, gente trabajando en el campo, la bicicleta del herrero, que hacía equilibrios entre las piedras del camino, y el caballo del tío Samba, que regresaba de llevar los sacos de mijo al mercado trotando un poco más allá. Corrió para alcanzarlo y subirse a la grupa, pero el caballo corría más que él y desapareció tras un grupo de personas que se acercaban a paso ligero. Samba se detuvo de golpe. Con los

24. Árbol del que se extrae una resina denominada *laalo*, la cual es imprescindible para poner en el arroz.

ojos muy abiertos, como siempre que algo le cogía por sorpresa, observó que a la cabeza del grupo iba un hombre y detrás un grupo de niños.

—¡Samba! —dijo la voz de su abuelo Baabakaar—. ¿Tú también?

—Es que... estaba solo —fue lo único que se le ocurrió.

Esa sinceridad le libró de la tunda que se habían llevado los demás. El abuelo Baabakaar no estaba para tonterías ni historias. Quizá por eso a Samba se le olvidó que había tenido que regresar porque se le había cruzado un mono en el camino. Cuando pensó en ello, ya se había librado con un par de nalgadas, y aquello era un precio muy bajo para una falta tan grave; era mejor no decir nada y no liarla más. Aparte del breve diálogo, nadie más dijo nada hasta que, llegados a medio camino, el abuelo se sentó en un tronco de árbol partido por un rayo, y dijo:

—No me moveré de aquí hasta el atardecer, y si veo que alguno de vosotros regresa, lo llevaré a la escuela a rastras de una oreja, y con el culo más caliente que las brasas del herrero.

Y la hilera de desertores frustrados siguió el camino sin decir ni pío, arrastrando los pies polvorientos, y con la ropa pegada por el sudor como una segunda piel. Aquélla fue la última vez que vieron a Baabakaar, hasta al cabo de tres años.

Apenas habían transcurrido unos días desde que la pandilla abatida había regresado a la escuela, cuando una orden los despertó en mitad de la noche:

—¡Arriba!

—¿Qué pasa?

—Que nos vamos.

—¿Adónde?

—A Gambia.

—¿A Gambia?

Algunos habían oído hablar de Gambia. Samba no. Bueno, igual sí, pero que hubiera oído hablar de ella no significaba que supiera qué era. Suponía que se trataba de un pueblo como el del abuelo Baabakaar y Aminata, o como el de la *daara* y de Mamaram.